

**INSTITUTO PEDAGOGICO**  
CARACAS

30  
DE  
SEPTIEMBRE

25 AÑOS  
SIRVIENDO  
EFICAZMENTE  
A LA  
EDUCACION  
VENEZOLANA

1936 — 1961



**Homenaje a Teresa de la Parra**

Eduardo ARROYO ALVAREZ

## Teresa de la Parra, un Alma en Conflicto con el Medio

Después de varios años en el cementerio de la Almudena en Madrid, era necesario ir pensando en su regreso definitivo. Porque ella, la Blanca Nieves de la novela criolla, debía dormir en el seno de la arcilla materna. Junto al Avila cuyas estribaciones le sirvieron para abreviar el motivo caraqueño, cerca del arroyuelo donde las pupilas se le volvieron claras y donde su palabra se hizo musical. Arriba el cielo azul, y al norte, mas allá de la "fila" multimilenaria, la sinfonía del Caribe, por encima del cual ensayan su vuelo blanco las gaviotas...

Ana Teresa Parra Sanojo nace en París en la avenida Wagram, el 5 de octubre de 1890. Sus Padres, venezolanos, se reintegran a Caracas cuando la niña cumple dos años. Es su primer viaje sobre el mar. En lo sucesivo la encontraremos siempre con las pupilas sembradas de horizontes azules, hasta que un día se nos marcha de nuevo hacia Europa, donde la espera un sanatorio suizo. En cierto fundo de los alrededores caraqueños, pervivencia de la colonia señorial y agraria, discurren los primeros años de la futura Blanca Nieves. Desde las sementeras viene un olor fresco de maíz o de la caña. En la vecina acequia se lava la ropa. De noche, en el oratorio se congrega la familia, mientras la cena es servida sobre limpio mantel. Vida simple cuyos elementos van sedimentándose en el alma de la niña, que luego es llevada a España, en donde la internan en el colegio del "Sacré Coeur", cerca de Valencia. Ocho años ha cumplido y sobresale en todas las asignaturas, incluso las más arduas como matemáticas e idiomas. El latín le va siendo familiar, lo mismo que la literatura, principalmente cuando se trata de los poetas del siglo de oro español. Una

*Con dos trabajos que reproducimos de los escritores Eduardo Arroyo Alvarez y Arturo Uslar Pietri, nuestro BOLETIN rinde sincero homenaje a la memoria de Teresa de la Parra en los veinticinco años de su muerte.*

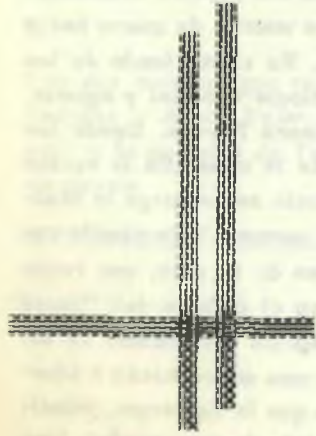
vez la superiora del instituto promueve un certamen literario en el que el primer lauro le es concedido a Teresa cuyo amor hacia la letras comienza a perfilarse. Diríase un signo, un preanuncio de su obra futura, cuando en 1924 el Instituto Hispanoamericano de Cultura Francesa le adjudica el primer premio del concurso promovido aquel año por su novela "Ifigenia".

Su segunda estancia en París data de 1915, año en que abandona las aulas del Sacré Coeur. Pero el reclamo de la patria es imperioso, y algún tiempo después la encontramos nuevamente en el marco rural de "Tazón", la hacienda paterna en donde discurriera su infancia. Sólo que ahora, en vez de las diabluras infantiles, su mundo interno se colorea con el destello de la concepción novelesca. El medio, Europa, dentro del cual se educara, no pudo quebrantar el molde originario de su alma, reduciéndose a suministrarle los elementos didácticos indispensables para cumplir su signo en la literatura. Si algo podemos señalar como rasgo definitivo en Teresa de la Parra, es el criollismo. Quienes entre sus biógrafos no han valorizado bien este rasgo, es porque suelen confundirlo con otras modalidades extrañas al ámbito donde se desenvuelve el alma criolla: la ironía, verbigracia, con que se nos ofrece en algunos episodios de sus novelas. Y esa ironía, lo mismo que el énfasis nuestro, del que ella culpaba al español, es una herencia de raza, una actitud calcada en el barro popular

---

---

#### Eduardo ARROYO ALVAREZ



*Nació en Caucagua (Estado Miranda), en 1912. Desde muy joven se dedicó al periodismo, pero es en el cultivo del ensayo donde ha cosechado sus mejores triunfos de escritor. Ha sido redactor del "Índice de Letras", del diario "El Universal" (1959) de Caracas y tiene publicada la obra "Dos Maestros de Venezuela" (1950). Conserva inéditas: "El Humanismo Venezolano durante la Colonia", "Dimensión y Agonismo de Juan Vicente González" y "Estudio Crítico de la Pequeña Historia".*

de vascos y andaluces. Pero también la sonrisa de París debió ejercer algunas influencias sobre el estilo de la venezolana. Sea como fuere, dicha modalidad no puede modificar la sustancia de su obra, menos aun si la medimos en su verdadera dimensión: la crítica ambiental. Sus novelas mas que por lo imaginativo o por la fuerza del colorido, valen en virtud de ser ambas un enfoque de la sociedad caraqueña en comienzos de siglo. En ella los tipos no constituyen creaciones arbitrarias, criaturas descentradas del medio donde gravitan. Es la Caracas parroquial de hace unos lustros, con sus mezquindades, con sus maledicencias; mundo pequeño, en el cual se asfixia quien ha aireado sus pulmones en los grandes centros culturales de Europa.

En esa Caracas, a la que ama sin embargo con un amor de criolla, Teresa de la Parra vive dentro del ritmo simple del fundo paterno. Frecuenta poco, casi nunca, los saraos sociales, prefiriendo comunicarse con las vibraciones elementales de la campiña, en la que su mundo interior va acopiando los ingredientes psíquico y objetivos de las "Memorias de Mamá Blanca", su novela publicada en 1929 y la que escribiera aquel mismo año en los Alpes suizos, a orillas del lago Lemán. Porque en Suiza el blanco panorama de Helvecia la fascinaba con un signo desconocido; en las nieves, en los lagos azules, en las aldeas enclavadas sobre la cordillera alpina, el alma sutil de la criolla vibraba al unísono con la voz del universo. Suerte que el panteísmo paralelo con el de los primeros años de la hacienda venezolana. Sin embargo, durante su permanencia en Venezuela no siempre es el fundo agrario el que enmarca su belleza estilizada. Bajo los uveros de Macuto suele vérselo con alguna frecuencia. Y es allí donde comienza su novela "Ifigenia" (Diario de una señorita que escribió por que se fastidiaba), con la cual concurre al certamen para autores americanos realizado en París en 1924. Le otorgan el primer premio, consistente en la edición de la obra, financiada por el Instituto Hispanoamericano de Cultura Francesa.

Si antes de junio de 1922 Teresa de la Parra escribe algunas crónicas sobre motivos urbanos, las cuales aparecen en "El Universal", es en aquel año cuando se inicia su verdadera trayectoria en la literatura. En Caracas había publicado también su primer cuento, "Flor de Loto", sin que su nombre rebasara los límites urbanos. Es "Ifigenia" quien le franquea el camino de la gloria. Su aparición en París la subraya una ola de comentarios laudatorios en la que figuran los nombres mas ilustres: Francis de Miomandre, Romain Rolland, Gó-

mez de la Serna, Unamuno, Gabriela Mistral. La criolla bellísima pronto se ha hecho universal. En 1927 concurre a un Congreso Interamericano de Periodistas que se reúne en La Habana, y luego dicta en Colombia, donde es recibida en forma apoteósica, una conferencia sobre "Influencia de la Mujer en la Conquista, la Colonia y la Independencia de Sud América". El mismo año, 1927, regresa a Europa. En Suiza escribe "Memorias de Mamá Blanca". Es el recuerdo de la vida simple, sencilla de Tazón, cerca de Turmerito; pero dentro de ese mundo elemental se desenvuelve un drama cuyo desenlace es la angustia con que Blanca Nieves, años después, mira las reformas hechas en "Piedra Azul", con las cuales han desaparecido los episodios de la buena infancia. La nueva novela es editada en París con prólogo de Francis Miomandre.

En 1928 Teresa de la Parra vuelve a Venezuela, aureolada con el nimbo de la gloria. Otra vez recorre las calles aun coloniales de la urbe bienamada. Es el reencuentro con la infancia. Con el aroma familiar que se alza en ondas de añoranzas en cada una de las cosas que la rodean: El Avila, Catuche, la Campiña, los anchos aleros de los barrios suburbanos. Caracas no ha cambiado; su estructura social de pueblo grande permanece lo mismo, pero en el alma de Teresa se ha operado el cambio que determinan los años. Ahora admite sin acedumbres ni sonrisas irónicas lo pequeño de la parroquia, como una vivencia contra la cual nada podemos. Sobreviene en ella ese viraje hacia el propio mundo interior, que se traduce en la serenidad, en la actitud reflexiva, fruto de un largo proceso autoeducativo. Ama con ternura a su pueblo, arcilla de su misma arcilla, incluso en medio de lo mezquino, de lo parroquial; comprende que la parroquia tiene sus virtudes claras como la acequia de "Piedra Azul", donde Vicente Cochocho se lavaba las manos humildes, olorosas a campo como la guayabita sabanera.

Este sentimiento halla un escape en la mirada retrospectiva de la historia. Por esos años se propone escribir unas notas sobre la "Vida Intima de Bolívar" sin que logre concluir las, pues ya la enfermedad comienza a minar sus energías. En 1932 regresa a París. La enfermedad asume caracteres graves, por lo que sus familiares la trasladan al Sanatorio de Leysin, en Suiza. Una breve mejoría le permite reiniciar sus actitudes literarias, pero con ese esfuerzo recae nuevamente, viéndose precisada a buscar reposo en Fuente Fría, España.

Aquí, lo mismo que desde Suiza, escribe epístolas en las que desborda su ternura. Sus pies, bellos y peregrinos, van hollando entonces el umbral de lo desconocido. Muere en Madrid el 23 de abril de 1936. No sin antes sus labios reclamaron "una poquita de tierra". La misma tierra que recoge sus despojos para darles calor en su seno.

Las dos novelas de Teresa de la Parra se desenvuelven en el escenario de la vida caraqueña. Si en "Memorias de Mamá Blanca" la nota cardinal es el ruralismo, es porque ese ruralismo debía ejercer un papel en la novela. Lo que importa no es el marco, la hacienda de Piedra Azul, sino los tipos que en él conviven: Mamá Blanca, "María Moñitos", Vicente Cochocho, etc. Cada uno con sus ambiciones o sus conformismos, pero todos uncidos al influjo ambiental, que no es Piedra Azul, sino Caracas. Medio pequeño, sobre el cual gravitan aún los prejuicios coloniales, según ocurre también en el desarrollo de "Ifigenia", en el que se dibuja claramente la fricción de dos épocas. O de dos mundos: el mundo de lo convencional que se sobrevive en la familia linajuda, sembrada de absurdos escrúpulos morales y el mundo nuevo, con su moral propia, personificado en la muchacha educada en otros medios. La fuerza de esta novela reside en el callado sacrificio con que la heroína renuncia al amor que pudo hacerla dichosa, "para no manchar el honor de la familia". Su vida es una perenne renunciación. Descentrada en un medio en cuyos ámbitos no cabe, la veremos rumiar a solas su sacrificio, que la parroquia no comprende.

Refiriéndose a "Mamá Blanca" dice: "nacida en una hacienda de caña y trapiche y oficina de beneficiar café". Ruralismo del que se deriva toda la acción de la novela, el desenlace de la cual es aquel momento en que Blanca Nieves, hecha mujer, retorna al fundo "Piedra Azul", encontrándolo modernizado, sin la humilde pureza de los años infantiles. Del europeizado "Primo Juancho", quien solía ir al fundo con frecuencia, observa: "Primo Juancho fue el más completo archivo o cronicón ambulante de cuanto acontecimiento político y social ocurrió en Venezuela durante los setenta primeros años del siglo XIX. Desgraciadamente, o quizás felizmente, no escribía sino lo muy preciso. Aun cuando en su conversación politiqueaba de continuo, el tumulto de sus pensamientos le impedía llevar a buen puerto el desarrollo de cualquier narración o tesis". Con este trazo queda bosquejada toda la individualidad de una época, cuyo sentido, ¿agonista?, pudo asimilar, como pocos, Teresa de la Parra. No es otra la tesis o el ar-

gumento de sus novelas, en las cuales se advierte la nota íntima de un alma en conflicto con el medio.

A. USLAR PIETRI

## El Testimonio de Teresa de la Parra

Hubo un tiempo, maravillosamente impreciso y estático en el correr de las horas, en el que, sobre las calles empedradas de la ciudad, el silencio se tendía a dormir la siesta.

Era la época en que se iba en coche de tres caballos, con toda la familia y los animales familiares, a la hacienda. La época en que las mulas, aradas a las ventanas, pacían los yerbajos de las aceras; en que, dentro de la frescura interior de las casonas enormes como la pereza, cantineleaban los pájaros, el tinajero y la negra lavandera. Tiempo en que las casas y las mujeres tenían una suave y misteriosa intimidad.

Nadie podrá decir de fijo si esto ocurría en la Caracas de los últimos años del siglo XIX, en la ciudad de techos rojos que vislumbró Pérez Bonalde en su imaginario coche de desterrado, o si ha sido sólo fábula, imaginación o "máquina", como decían los clásicos prudentes. Ello carecería de importancia, salvo para la historia sentimental de algún viejo caballero desconsolado, para quien la hermosura del mundo se fue con los caballos, los bigotes, las levitas, los pesados muebles y las cataratas de brocado; pero para la historia estética de Venezuela es capital, por la significación del extraordinario testigo que los miró decaer, transformarse y morir, y guardó en la memoria ágil el recuerdo de su gracia desusada.

La obra de Teresa de la Parra es ese admirable testimonio. Su infancia transcurrió en un mundo tan lejano y tan inverosímil que casi no podemos reconocerlo. El regazo de la vida colonial, de aquella